



EL ECO DE CARTAGENA

AÑO XLV

DECANO DE LA PRENSA DE LA PROVINCIA

NUM 12662

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

En la Península: Un mes, 2 ptas.—Tres meses, 6 id.—Extranjero: Tres meses, 11'25 id.—La suscripción se contará desde 1.º y 16 de cada mes.—La correspondencia a la Administración.

Redacción y Administración, Mayor, 24

MIÉRCOLES 25 DE ENERO DE 1905

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico ó en letras de fácil cobro.—Corresponsales en París, A. Lorette, rue d'Amartia 61; y J. Jones, Faubourg-Montmartre, 81.

UN MEDIO DE REGENERACIÓN

Han dado principio en los cuarteles las conferencias agrícolas para enseñanza de los soldados.

De tal noticia debemos congratularnos, pues la agricultura es y será por espacio de muchos años, la industria madre de nuestra patria, donde las manufacturas están, por lo general, más atrasadas que en el resto de Europa, ó al menos que en las naciones más adelantadas de este continente, y donde hay tantos terrenos baldíos, susceptibles de ser puestos en cultivo.

El ideal de los pueblos que miran al porvenir, es que cada uno baste a sostenerse a sí mismo, es decir, que produzca lo bastante para no depender de los demás.

Esa producción abarca tres grandes órdenes de especies: primera, el de aquellas que sirven al inmediato sostenimiento de la población; como son las que proceden de las industrias extractivas, pan, carne, vino, leche, frutas, aceite, etc.; segundo, las que conducen al vestido y necesidades análogas; y tercero; las que tienden directamente a la defensa del territorio nacional, como armas, pólvora, municiones, fornituras, vestuario, bagajes, etc.; de esas tres grandes agrupaciones, indudablemente la primera es la más esencial, porque sin ella huelga las otras, sin pan no se sostiene el individuo, no se nutre, no vive y no puede exigirse trabajo, ni esfuerzo alguno; por eso el celo de quienes gobiernan debe dirigirse a favorecer el desarrollo y progreso de la agricultura, procurando que arraigue y se extienda en país tan favorable a la misma, que es y debe ser siempre eminentemente agrícola y pecuaria.

De ahí, respondiendo al ansia de vida y al instinto de conservación

despertado en España después de 1808, ha venido el reavivamiento agrícola, trayendo por secuela indispensable la enseñanza práctica y teórica de la agricultura en los cuarteles.

Si ésta se lleva a cabo en debida forma, sin regatear sacrificios, para que de los excelentes frutos que de ella se esperan en un período de un cuarto de siglo, ó antes, España habrá alcanzado un alto grado de riqueza, su producción superará a sus necesidades, el problema de las subsistencias habrá desaparecido, podrá exportar la que le sobre a pueblos, como Inglaterra, que jamás producen lo que necesitan, y habrá entrado de lleno en el camino de su reconstrucción, que anhelan cuantos tienen por ella el cariño de verdaderos patriotas.

Pero hace falta, repetimos, no descansar ni un momento, procurando cuanto tiende a instruir a las clases laboradoras, sacándolas de la rutina y de la ignorancia y enseñándoles a conocer los adelantos de la Agricultura moderna.

UNA POESÍA INÉDITA

DE GABRIEL Y GALAN

A mi amigo el presbítero D. Matías G. Amador, en el día de la celebración de su primera misa.

I

Como el águila candel
Que se remonta a las nubes,
Tú a la región celestial
Sereno y seguro sabes
El sitio de tu ideal.

Yo se tu sencilla historia
Y quiero con ella honrarte
Trayéndola a la memoria,
Para darte mayor gloria,
Y honor más cumplido darte.

La Voluntad incandente
Te dió por primer asilo,
Una aldea acogida.

Y en ella un hogar tranquilo,
Y en él una cuna honrada.

Y al borde del nido blando
Dónde inocente dormías,
Tú abrías a quien veías,
Siempre a tu lado velando
Cuando los ojos abrías.

Tú abrías qué labios fueron
Los que tu frente besaron,
Y qué brazos te mecieron,
Y qué arrullos te durmieron,
Y qué amores te velaron.

Sabrás quién te portamaba
Del bien con el puro aroma:
Quién a rezar te enseñaba:
Quién a dormir te invitaba
Con arrullos de paloma.

Y si ojos amantes vieron
Amenazada tu vida,
Sabrás qué lágrimas fueron
Las primeras que cayeron
Sobre tu cuna querida.

Qué amantes ojos se alzaron
A Dios pidiendo favor,
Y qué máximas te cuidaron,
Y qué labios murmuraron
Plegarias con más fervor.

De dicha y amorosa llena
Pasó tu infancia serena,
Como pasa la corriente
Del arroyo transparente
Que resbala sobre arena.

Y ya fresca y arraigada
La semilla santa y pura,
En tu pecho derramada
Por el alma enamorada
Que te amó con tal ternura.

Quiso Dios premiarla en tí,
Y amoroso y providente,
Te dijo el Señor así:
«Mi Santa Iglesia es tu Oriente;
Por él vendrás hasta Mí.»

Y empreñástele el camino
Que el dedo de Dios divino
Te señaló con amor...
¡Santo, envidiable destino,
Te reservado el Señor!

Tu hogar querido dejabas,
Porque obediente marchabas

Do tus destinos en pos...
¡Ay! De tu hogar te alijabas,
Mas te recordabas a Dios.
Y yendo y viniendo días
Pasó tras pásos seguras
El camino virtuosos...
Iban por él virtuosos,
Cálto y honrado veladas.

Y los maestros te daban,
Tus padres te bendijeron,
Tus paisanos te elogiaron,
Tus amigos te felicitaron,
Tus obreros te ennoblecieron.

Y de un hermano orgulloso,
Tus hermanos te velan
Y te daban generosos
Los pedaces más sabrosos
Del pan con que se nutrian.

Porque los gozós más santos
Y los mayores encantos
De tu tranquila existencia,
Eran ver tus adelantos
En la virtud y en la ciencia.

¡Elegante al fin del camino!
¡Dichoso aquel peregrino
Que tocó ya la frontera,
Que es misteriosa barrera
Tendida ante su destino!

Se realizó ya tu anhelo...
Cristalizó tu ideal...
¡Remonta, remonta el vuelo!
¡Sube en tus alas al cielo
Como el águila real!

¡Sabe, que della es tu frente
La llama resplandeciente
Del ungido del Señor!
¡Sabe, que el Cielo es tu Oriente,
Y allí te llama el Amor!

¡Sabe, que está coronada
Por el Señor tu cabeza,
Y no hay corona envidiada
De más valor grandeza
Que esta corona preciosa!

¡Levántate voz entera,
Que a Cristo de esta manera
Lo pides hoy ya decir...
¡Cristo, tu error te espere
Por tí dispuesto a morir!

Y nosotros los que vemos

Tu sencilla historia, y
También de otros momentos,
Y en tí, sacerdote, honremos
A este noble capitán.

¡Pueblo que amas los días,
¡Dale honor, dale cariño,
Que es tu hijo que te honra!

Y tú, varón virtuoso,
Que ya despartes calceos
De Cristo ostentas el traje,
¡Rosé nuestro homenaje,
Que aunque modesto, es hermoso!

Cantamos, cantamos gloria,
Y de tu grande memoria
Clamamos copiosamente
¡Feliz quien cuenta en su historia
Un día como este día!

¡Dale tu nombre a las flores,
Y ahora tenga que honrarse
Fibras del fondo sentir,
Mas bien sabes que vivir
Es lo mismo que llorar.

Y hay que olvidar el dolor,
Porque en su camino hacen
Traición al pueblo que aman,
¡Cobarda y rudo desertor,
Quien haya del padecer!

¡Por qué así se olvida
Que ya se está despidiendo,
No ha de volver a nacer,
Con la nota lastimera
De tus heridas sangrantes!

¡Por qué tan sólo deca
Que hoy es día de gozar
Y hoy es día de morir,
Si lo es también de sufrir
Y lo es también de llorar!

¡Hay algo aquí que se iría
¡Hay algo aquí que se iría
Llora allí un hombre... ¡es tu padre!
Cerca hay un puesto vacío...
¡Ay, que no está en él tu madre!

¡Se la llevó Dios al Cielo
Sin que lograra el anhelo
De tener este día...
¡Dios no fuera cobarde!
¡Quién tu dolor sentiría!

LOS BANDIDOS DE ORGERES 270

nada tonto, con bastante partido entre las muchachas de la aldea.

Después acá... hace tanto tiempo que falta de Fro-menceau.

—Pero su carácter, su profesión, su género de vida?

—¡No queréis saber poco!
Pasaba por un buen muchacho en la época de que os he hablado; ¿por qué no ha de continuar siendo al presente?

Daniel se quedó a su vez pensativo.

—Está bien,—dijo como si hablara consigo mismo;—cualesquiera que sean el carácter y costumbres de ese joven, las extrañas combinaciones de mi tío no pueden ya realizarse, y yo debo limitarme a cumplir para y simplemente las instrucciones que he recibido...

Dios hará lo demás.

Y prosiguió, después de una breve pausa.

—Ya podéis marchar; no desconfiad nada para correspondar a la confianza que ha depositado en vos un hombre que probablemente no vivirá mucho tiempo...

Bien quisiera,—añadió,—poder daros algún dinero

LOS BANDIDOS DE ORGERES 271

para sufragar los gastos de las indagaciones que vais a emprender; pero soy pobre y las circunstancias no son muy lisongeras.

No obstante, si necesitáis algunos asignados...

¡Mchéname a su cartera, pero el Guapo Francisco lo detuvo.

—Es inútil; tengo lo que necesito, y concluido el negocio, ya me arreglaré para indemnizarme de mi trabajo...

Pero vamos a otra cosa, ciudadano,—prosiguió con mucho misterio:—¿cómo es efecto, que vos y esa joven señorita no tenéis ninguna esperanza de salvación?

No me habléis de «ella»,—prosiguió Daniel con desesperación;—no me habléis de «ella» y de la «cartera» que le aguarda, por que me voy a volver loco.

El Guapo Francisco fijó en Daniel una mirada penetrante.

—¿No podréis indicarme,—preguntó en voz muy baja,—por qué camino os conducirán los gendarmes?

—Habels oído decir como yo al cabo Vasseur; esta tarde debemos salir para N..., mañana seremos conducidos a Chartres, a donde llegaremos probable-

BIBLIOTECA DE EL ECO DE CARTAGENA 274

chos de abundantes mieses, pero sin variedad, sin árboles y sin verdor.

Una fuerte tempestad que había estallado en aquella comarca la noche precedente, había dejado el suelo salpicado de charcos de agua amarillenta, donde se reflejaban los postreros resplandores del día.

Interrumpidas las faenas agrícolas con motivo de aquella especie de inundación, la campaña estaba poco animada y solitario el camino, exceptuando alguno que otro grupo de trabajadores, que de vez en cuando se cruzaban con la comitiva, del carruaje dirigiéndose a las granjas vecinas.

Como no podía menos de suceder, el coche y escolta excitaban la curiosidad de los campesinos, a la vez que se veía de lejos acercarse corriendo a la orilla del camino para contemplar aquella sinistra comitiva, y cuando había pasado, dejaban salir el soplo de esteril compasión ó de egoísta indiferencia.

«Mas aristócratas que lleva a Chartres para juzgarlos».

El lector habrá adivinado sin duda, que aquel carruaje encerraba a Daniel Lagrange y a las señoras de Merville.

Un postillón, adornado de cintas tricolores, dirigía